

ciñen un cuero delgado lleno de espejuelos. Su baile es de lo más raro que se puede ver en el mundo. Saltan con pasmosa agilidad, como no lo podrían hacer los más hábiles acróbatas de los circos; se envuelven al rededor de sí mismos como una pelota; á veces parece que con la cabeza tocan en el suelo.

Los instrumentos músicos con que acompañan estos bailes son guitarras, acordeones, tambores, platillos, flautas, y sobre todo pitos de caña ó madera forrados con piel que producen sonidos roncós, parecidos á los graznidos de los gansos.

Todos estos bailes reconocen por jefe al de Andacollo, que es descendiente del indio Collo, que encontró á la Virgen, y al cual le dan el título de *cacique* ó Pichinga. Al llegar un baile al pueblo bendito visita primero á la Virgen y después al Pichinga, sin cuya licencia no se le permitiría tomar parte en las fiestas. El número de estos danzantes llega á mil quinientos, y el día de la coronación pasó de dos mil. Los días 25 y 26 concluidas las misas solemnes, la Virgen es trasladada al pórtico y allí van danzando con una constancia que admira. Desde las 11 de la mañana hasta las cinco de la tarde no interrumpen su tarea. Todos los bailes llevan un socio que recita á la Virgen á nombre de los demás poesías sencillas empapadas de ternura filial y que arrancan lágrimas á los circunstantes.

Sirvan de ejemplo las siguientes estrofas de un turbante de La Serena.

Tu devoto Manuel Díaz
Y todos sus compañeros
Á verte, Reina del cielo,
Hoy venimos, Madre querida.
Saludándote preciosa
Azucena del Tabor,

Amparo del pecador,
Madre tierna y cariñosa.

En 1901 el jefe ó cabeza del baile de chinos de Sotaqui cantó estos versos:

Virgen, Madre del Rosario
De Andacollo, hermoso monte,
Hoy te vengo á saludar
Estrella del horizonte;
Me presento, Madre mía,
Junto con todos los chinos;
Hoy te viene á saludar
Este baile sotaquino.

En la madrugada del 27 se despiden entre sollozos de su tierna Madre y todos cantan esta estrofa:

¡Adiós, Virgen de Andacollo!
¡Adiós, hermoso lucero!
Voiveremos á la fiesta
Para el año venidero!

VI

LA PROCESIÓN

Quien quiera presenciar una escena llena de atractivos trasládese á Andacollo en la tarde del 26 de Diciembre en que se hace la procesión de la Santísima Virgen por la espaciosa plaza que está delante del santuario. Ésta queda ocupada por los bailes que dejan holgada calle por donde han de seguir triunfal carrera las andas del Patriarca San José, de San Isidro Labrador y de la Virgen del Rosario. El pueblo se agrupa en el vecino collado, en los techos de las casas, en las torres del

templo y donde quiera que encuentra un sitio para dominar la religiosa ceremonia. La Virgen sale en trono de plata cubierta con una bellísima del mismo metal

conservado escritos y han pasado desatendidos. Al santuario de Andacollo podemos aplicarle el verso de un poeta francés que *es un cestillo de perlas ignoradas*

contento, corre á darle la mano temiendo una caída; pero la que había sido tullida rehusa todo apoyo diciendo: «Déjeme sola, que quiero caminar por toda la procesión». Alcanzó á llegar hasta la puerta del templo, porque en ese momento ya comenzaban á entrar nuevamente las andas; pero se acercó al altar á dar gracias á su celestial Bienhechora. Desde entonces quedó como si jamás hubiese estado enferma.

En la romería del año 1878 vimos llegar á Andacollo, á una mujer con el cabello desgredado, en actitud penitente y llevando en sus manos un salvavidas. Interrogada acerca de la causa que había influido en ella para obrar de ese modo, contestó: «el año próximo pasado, en este mismo mes, chocó el vapor Atacama contra unas rocas no lejos del puerto de Caldera. El choque fué tan violento que en pocos minutos no quedó del buque sobre la superficie de las aguas sino un palo. Los pasajeros quedamos á merced de las olas, á una distancia de dos millas de la costa, y á las dos de la mañana de una noche sin luna. Yo merecí encontrar este salvavidas que me acompaña y me puse á bogar del modo que me auxiliaban las fuerzas. Á cada instante iba encontrando cadáveres de algunos compañeros que se habían ahogado y que flotaban juntos con cien bultos de carga. Al fin me encomendé á la Virgen de Andacollo y le prometí llegar á su santuario en la misma actitud con que lograrse salir á tierra. Confiada en la protección de esta buena Madre seguí nadando; pero el frío entumeció de tal modo mis miembros que quedé sin sentidos. Sin saber cómo, las olas me arrojaron el día siguiente á la playa, donde mediante los auxilios de los que habían concurrido al lugar del naufragio pude recobrar la salud. Ahora vengo á pagar mi promesa». El nombre de esta mujer era Agustina Vera.

Era una mañana del mes de Diciembre de 1870. Uno

de los vapores del Norte acababa de fondear en la bahía de Coquimbo, y una pobre mujer saltaba á tierra momentos más tarde. Con vivísimo interés preguntaba á algunas personas que rodeaban el muelle por la situación de Andacollo, porque ella ha abandonado á Arica, donde tiene su domicilio, sólo por encontrarse en la fiesta de la Virgen que se venera en ese pueblo.—¿Sin duda, replican los interrogados cuya curiosidad se despierta, sin duda sois deudora de algún beneficio á Nuestra Señora de Andacollo? ¿Le debo nada menos que la vida. ¿Podrías contarnos esa historia? No habría gratitud en mi pecho si me negase á publicar las bondades de mi celestial Bienhechora. Cuando vino la inundación del mar en Agosto de este mismo año, la población de Arica se puso en espantosa alarma. Todos corrimos en dirección opuesta á la que traían las aguas; pero muchos eran alcanzados por ellas y quedaban sepultados en la arena.

Yo corría con fatigas y angustias indecibles, cuando de repente dirijo la vista hacia atrás y veo á pocas varas una ola tan grande como una montaña. La sangre se heló en mis venas y consideré la muerte segura. Viéndome perdida exclamé: ¡Madre mía de Andacollo! y le hice una promesa. No alcancé á más, porque caí en tierra desmayada. Al volver en mí pude observar que las aguas habían llegado á tocar apenas el vestido sin hacerme daño alguno. Sólo yo, que observé lo crítico de mi situación, puedo asegurar que conservo la vida por una merced de la Virgen de Andacollo. Desde entonces no he dejado de contar las misericordias de esta buena Madre y ahora vengo á cumplir mi promesa.

Mercedes Palma, del departamento de Elqui, tenía la edad de 70 años cuando refirió al cronista del santuario que en esa época, año 1883, lo era el presbítero D. Juan Ramón Ramírez, el caso siguiente: Desde la infancia

sufrió yo una terrible enfermedad del estómago, que se agravaba de tal manera, que en muchas ocasiones me ponía al borde del sepulcro. Más de una vez me preparé para la muerte con los santos Sacramentos. Un día la Virgen me inspiró la idea de prometerle asistir todos los años á la fiesta de Andacollo, subiendo á pie la elevada cuesta. Hice la promesa que debía cumplir si mejoraba. Pues bien, confieso con toda la sinceridad de mi edad, que desde ese día sentí alivio y que en poco tiempo sané completamente de mi vieja enfermedad. Dios ha permitido que pueda cumplir mi promesa hace ya cinco años (1).

En la fiesta de 1887, en presencia de trescientos ó cuatrocientos testigos, tuvo lugar el sorprendente prodigio que sigue:

Juan Alberto Gómez, minero de Tamaya, de cincuenta y tantos años de edad, se encontraba postrado en cama hacia cuatro ó cinco meses, desahuciado ya por el médico del lugar. Acercándose la fiesta de Andacollo, concibió el pensamiento de hacerse llevar á los pies de la augusta Patrona, á pesar de hallarse á las puertas de la muerte. Obtuvo de sus compañeros de trabajo el servicio de que lo condujesen en camilla hasta el santuario, á donde llegaron á las cinco de la mañana después de un viaje penosísimo de tres días é inmediatamente se hizo conducir hasta los pies de la Santísima Virgen. Animado entonces de gran fe, bañado en lágrimas y con palabras entrecortadas por la emoción y por la fatiga de la dolencia, le expresó los sacrificios que había hecho para llegar hasta sus plantas y de que no se movería de allí sin que Ella le concediera la salud solicitada. La concurrencia se electrizó al presenciar aquel cuadro; mas, hé aquí que de repente el enfermo

(1) Libro de los prodigios de Andacollo.

hace un esfuerzo, pónese de pie y exclama con aire de victoria: ¡Me ha oído! ¡Me ha oído! Siéntese entonces con fuerzas, y embargado por las dulces lágrimas de la gratitud, suplica á los que le asisten y acompañan le ayuden á dar gracias á la bendita Madre por el milagro que acaba de operar en él. Momentos después la multitud asombrada lo vió salir del templo por sus propios pies y encaminarse hacia la oficina de la Cofradía á dar cuenta del milagroso hecho.

Á principios de 1871, el azote de la viruela se dejó caer de una manera tan desastrosa sobre la pequeña población de Andacollo, que en pocos días se contaron como treinta víctimas, siendo muy grande el número de los enfermos. La población parecía un verdadero lazareto, y lo más terrible era que el aire mismo se había impregnado del virus maléfico, de suerte que á todas partes llevaba el contagio.

Cuando se hubieron empleado sin resultado alguno favorable todos los recursos que aconsejan la medicina y la prudencia humana, los habitantes comenzaron á suplicar al señor Cura Párroco y al señor Capellán de la Cofradía sacasen en procesión por las calles del pueblo la imagen milagrosa de nuestra Señora del Rosario. Los dos sacerdotes accedieron á tan justa petición, y el Sábado Santo, 8 de Abril del año indicado, después de la misa de Gloria se sacó del templo la imagen milagrosa y se la llevó en solemne procesión por la calle principal. Era de ver entonces el tierno espectáculo que se presentó á la vista de los acompañantes. Los enfermos apestados, dejando sus tristes lechos, se arrastraban dificultosamente hasta las puertas de sus habitaciones, para contemplar por sus ojos aquella Virgen bondadosísima que en ese mismo pueblo ha querido manifestarse como la dulce consoladora de los afligidos.

Aquella pública manifestación de la fe y de la con-

fianza cristiana quedó recompensada con el más feliz resultado. Desde aquel mismo día el azote cesó por completo; ningún nuevo caso de viruela se presentó en adelante ni tampoco murió ninguno de los enfermos que entonces se hallaban atacados de la peste.

El hecho fué tan admirable como público y notorio, y de él dieron testimonio, entre otras personas respetables, el Párroco y el Capellán. Éste último afirmó que estaba persuadido de que aquel suceso no podía ser sino milagroso.

En el hospital de sangre establecido en el Liceo de La Serena durante la guerra con las naciones aliadas del Perú y Bolivia, tuve ocasión de admirar la fe con que los buenos soldados de los regimientos Coquimbo y Atacama invocaban á la Virgen de Andacollo. En favor de uno de ellos obró la Señora una maravilla que el libro citado de sus milagros refiere de este modo: Eduardo Moscoso, viéndose abandonado de la ciencia humana, recurrió á la Virgen de Andacollo, á quien prometió ir en ese mismo mes y año, á hacerle una visita. Á los cuatro días de su voto, el médico encontró en la herida de Moscoso una tendencia rápida á su cicatrización. El soldado pidió su alta. Manifestó que la Virgen de Andacollo lo sanaba. El doctor se resistió al principio; pero, en vista de su insistencia y de su inexplicable mejoría, se la concedió. Agradecido Moscoso por el favor obrado, se puso en camino á Andacollo, donde llegó en perfecto estado de salud. Recibió los Sacramentos, y ha continuado como fervoroso romero, pagando su tributo de agradecimiento á la que es Salud de los enfermos.

Á fines de Agosto de 1903 la señora Dolores Rodríguez de Papich, vecina de Taltal, se reventó en un mortero el dedo anular de la mano derecha.

Se le desprendió la uña, principiaron los dolores y muy pronto apareció la gangrena. Los doctores Rivera

y Guezalaga manifestaron á la enferma la necesidad de la amputación, pues de otro modo se comprometía la mano. Y exponía la vida. No teniendo á la mano los útiles necesarios para la operación, aconsejaron á la enferma tomara el próximo vapor á fin de que en Valparaíso ó en Santiago encontrara alguna clinica conveniente.

La señora, confiada en la Virgen de Andacollo, le hizo la promesa de regalarle el anillo que llevaba anteriormente en el dedo herido. La joya es de oro con amatista. Á los dos días del voto los doctores quedaron sorprendidos; el mal se había detenido y los dolores habían de todo punto desaparecido. Reconocieron en ello algo sorprendente, milagroso. La mejoría siguió adelante. El dedo volvió á su estado natural. Á los pocos días principió á aparecer la uña nueva. La señora, por intermedio del párroco de Taltal, envió á la Santísima Virgen el anillo ofrecido.

En obsequio á la brevedad sólo citaremos tres prodigios de que se dió cuenta en los mismos días de la coronación de la santa imagen y que tomamos á la letra del libro *Solemne Coronación*. Uno es la curación radical de enfermedad gravísima á la vista, que padecía la señora argentina Gregoria Montano de Poblete, enfermedad que la había dejado en completa ceguera, por efecto de una fístula en el lacrimal, que le comprometió los dos ojos, y que á juicio de los médicos debió operarse arrancando uno de los ojos para salvar el otro. En esta situación la buena señora se acuerda de la Virgen del Rosario de Andacollo, y de concierto con su esposo y un hermano que debería acompañarle en su viaje, promete venir á la fiesta de su coronación, confesarse, comulgar, entrar de rodillas en su Santuario y depositar dos pesos en la caja de la Santísima Virgen, emprenden la marcha trayendo consigo á una hijita de nueve años, á quien levantara de la cama por

estar enferma, hacia tiempo, de disentería. El viaje lo hicieron en veintidós días, teniendo el esposo que traer tirando la cabalgadura en que venía la señora. Al pasar la cordillera, el viento, el frío producido por la nieve, acrecentaron de una manera terrible la enfermedad; no obstante, el día 24 de Diciembre á las dos p. m. estaban en la cima de la cuesta de Andacollo, y al ver el esposo las torres del Santuario, exclamó: —¡Hija, ya vemos el templo!, — á lo que ella contestó de lo más profundo de su alma con esta expresión de amor: Santísima Virgen, sáname si tú lo quieres, y sino, seré feliz muriendo á tus pies.

¡Cosa admirable! Apenas pronunció estas palabras, se abrieron sus ojos, se curaron sin dejar señal de la menor cicatriz. ¿Quién podrá describir el gozo, la emoción que se apoderó de aquellos viajeros? Bajaron de sus cabalgaduras, y en profundo silencio, interrumpido sólo de vez en cuando por los sollozos, recorrieron á pie el camino que faltaba hasta el Santuario. Allí, en público, en alta voz, atestiguando el hecho con abundantes lágrimas, lo relataba á los pies de María, dándole repetidas gracias. Al instante corrió el milagro de boca en boca, y vinieron algunos sacerdotes á conducirla á la oficina de la Cofradía, en donde se levantó minucioso sumario.

El otro acaeció en la persona de Eustaquio Rojas, individuo de cincuenta y ocho años, natural de Hurtado, quien padecía reumatismo crónico en un lado del cuerpo, principalmente en la pierna izquierda, hacia ocho ó diez años, llegando hasta postrarlo en cama. Trasladóse al hospital de La Serena, en donde estuvo medicinándose dos ó tres meses; pero la enfermedad había comprometido ya el hueso de tal manera, que los doctores creyeron necesaria la amputación, operación que no se hizo por la tenaz resistencia del enfermo, quien acercándose

la fiesta de la Coronación de la Santísima Virgen de Andacollo, le hizo la promesa de ir á su fiesta, confesarse y comulgar en la misa, con tal que le restableciese la salud. Días antes vienen al hospital parientes por él, y se lo llevan á costa de grandes sacrificios. Emrende su viaje, llega el 24 por la tarde, el 25 se hace conducir al Santuario, se confiesa, comulga, siendo siempre ayudado por los que le acompañaban, permanece allí cerca de la anda durante toda la misa, al terminar las ceremonias, hace empeño por levantarse; ¡cosa admirable! se encuentra completamente sano, la pierna herida completamente cicatrizada, sin sentir la menor dolencia.

La alegría de aquel hombre, se manifestaba con la abundancia de lágrimas, y con palabras entrecortadas de cariño y de agradecimiento á la Santísima Virgen. Entre los muchos testigos, que aseguraron conocer al enfermo, estaba el mismo párroco de Hurtado, Presbítero D. Arturo Valenzuela, quien antes de emprender el enfermo el viaje á La Serena, le había administrado los sacramentos.

Otro suceso digno de recordarse es la milagrosa liberación de la muerte que tuvo el día de la gran fiesta, poco antes de la procesión, el R. P. Godofredo Darbois, el cual, queriendo ver mejor tan grandioso espectáculo, subía á una de las torres de la antigua iglesia, y al pasar del coro al primer piso de la torre, no vió un tragaluz de vidrio, que estaba sobre el techo cubierto de tierra, tragaluz que alumbraba al baptisterio en el plano de la iglesia, altura de seis metros, pesando él ochenta y tres quilos, se vino de claro cayendo sobre una mesa y pila de mármol, sin hacerse la más leve herida, sufriendo sí el consiguiente desmayo á consecuencias del tremendo golpe. Los doctores Reygadas, Bolados y Francis, que acudieron en el acto, le decla-

raron sin peligro alguno, levantándose al siguiente día á celebrar el Santo Sacrificio.

No terminaremos estas líneas sin hacer resaltar un hecho de todos admirado. En días de tanto bullicio como son los de la romería anual, en los cuales se reúnen treinta mil almas de diversos pueblos y provincias, y que pasan las horas en las calles y plazas, jamás se oye una palabra descompuesta, ni se alza una voz de discordia, ni se suscitan riñas, ni se notan embriagueces. La paz más inalterable reina allí y los polizontes son como objeto de lujo, pues nada tienen que arreglar. La Virgen de Andacollo es el lazo de oro que une tantos millares de corazones en santa y cristiana fraternidad.

VIII

OFRENDAS

Costumbre santa y laudable ha sido siempre, que los que quieren obtener mercedes de la Madre de Dios en alguno de sus santuarios, le ofrezcan alguna joya ú otra limosna para el esplendor de su culto. Así se verifica en Andacollo. Casi todos los peregrinos ofrecen su óbolo; los ricos lo que sobra de sus intereses y los pobres el cornadillo que ahorran de su trabajo. Anualmente suben de treinta mil pesos las limosnas recogidas. Con ellas se ha podido dar digno remate al suntuoso templo erigido á costa de grandes sacrificios en aquellas escarpadas montañas y cuyo valor sube de medio millón de pesos. Con ellas se le ha dotado de vasos y ornamentos sagrados, candelabros, floreros y cuanto es necesario para que las fiestas allí celebradas resulten regias.

Entre esas alhajas adquiridas para el templo es digno de citarse el cáliz de oro macizo cincelado por hábil artista de París y que se usó en la misa de la corona-

ción de la imagen. En la base y en medio de la copa se extiende rico cordón de brillantes y esmeraldas. El valor de dicho vaso sagrado, sin contar el oro, subió á 22.000 francos.

Con las limosnas de Andacollo se levantó en buena parte el convento de las Religiosas del Buen Pastor de La Serena, se han fundado en el Seminario becas de gracia para la educación de jóvenes que aspiran al sacerdocio, se sostiene escuela gratuita de niños en el pueblo y se subvencionan varias obras de caridad.

En el año 1900 se construyó esbelto claustro donde residen los Padres guardianes del templo y se albergan los peregrinos distinguidos, en cuya fábrica se emplearon cuarenta mil pesos.

Además se han ofrecido á la Virgen joyas de diversas especies, cada una de las cuales encierra episodio amoroso de la vida de un creyente. Entre ellas sobresalen el Rosario que se le coloca á la imagen milagrosa en las grandes solemnidades y que ya hemos descrito, el cáliz de oro remitido por Carlos III rey de España, la casulla de ricos bordados regalada por Isabel II, el palio de finísima seda bordado con arte chinesco y los jarrones japoneses con que las colonias católicas del Celeste Imperio residentes en Antofagasta é Iquique obsequiaron al santuario el año de la solemne coronación.

Son notables los siguientes exvotos: Un Niño Dios de oro, donado el 19 de Enero de 1865 por la piadosa inglesa Miss Ana Warin, librada por Nuestra Señora de Andacollo de inminente naufragio en el Cabo de Hornos. Dos pies de plata maciza, ofrenda de D. Domingo Quiroga, caballero argentino, por haber sanado de peligrosa enfermedad invocando á la Señora. Una cadena con guardapelo de oro, obsequio de D.^a Beatriz López, por haber sanado radicalmente de la enfermedad de parálisis.